

COSTA primera

Violeta Orozco

I

Desde el trepidar de un latido sin fin, desde el rumor de una caracola, el mar te sigue llamando a donde quiera que vayas. No sabes cómo llegaste a él ni desde cuándo. Mas no serás el único en ser devorado por el mar, otros han sido ya naufragio, esperma, gota. Prefieres morir aquí a sobrevivir en otra parte, pues te parece bello el letargo, el arrullo que te mece hasta perderte. Para ti el extravío no es sino el encuentro contigo mismo en otra parte. Si esto es el infierno, tú lo nombrarás Leteo.

II

Amante de toda profundidad hecha superficie, elegiste el mar para traspasar su piel. Deseabas saber lo que escondía, ver su revés y semblante, tocar con tus manos su provocadora lejanía.

III

Marítimo florece tu deseo, sed de disolver lo remoto y abrir entre lo impenetrable; saqueo de añoranzas ajenas e impaciencia de devorar lo que no conoce. Desgarra la roca, el hábito, el hábitat, destroza la costa y agita la arena, pulveriza la firmeza y astilla el aislamiento. Deseas ser por un día, del mar destino y desvío.

IV

En el lindero del mundo surcaste hinchazones de azul que no podían disimular su alarido, agudo como el dolor que te hipnotizaba. Aguzaste los ojos ante el filo, dispuesto a no ceder a la belleza, sirena de dos mundos que te instigaba a no dejar de mirarla. A la manera del más sabio de los marineros, llevabas siempre contigo una cuerda para no perderte en el laberinto del mar; porque toda belleza es un laberinto, porque toda belleza pertenece a un océano.

V

En cuanto llegaste a esa costa que parecía ser la última, temiste en cada abismo encontrar un destino, en cada isla un destierro y en cada rumbo un exilio. Mirabas el horizonte perdido con una nostalgia al fin restituida, mientras el inmenso lago vibraba a lo lejos, retrocediendo siempre. Y pensabas que así debían ser las aguas antes de existir el hombre.

VI

La memoria de algún inviolable rincón de la tierra resurgía ante el oasis como un espejismo inmemorial. Esos días de redomado blanco, pasmado por un resplandor de palacio, vivías al abrigo de las sombras y de las opacidades, escudándote del sol que llevabas dentro.

Violeta Orozco es una poeta bilingüe mexicana. Se graduó de la maestría en Letras Hispánicas (Ohio University) y empezó el doctorado en Letras Hispánicas en Rutgers University. Su proyecto de investigación se enfoca en las poetas marginales latinoamericanas desde la perspectiva del feminismo.

VII

El mar que habías soñado inexistente se encendía ahora ante tus ojos como un súbito despertar. Lo inasible devenía concreto, años atrás había estado creciendo, creciendo sin la regadera de tu imaginación, cobrando verdad y fuerza en la sombra y en la distancia. Por cada día olvidado, aumentaba una yarda más de agua, un litro más de mar. En tu mente era un horizonte hecho de olas cuyas crestas rozaban el cielo, olas sin asidero espoleándose a crecer en todas las direcciones, desbordando sus propias dimensiones hasta rebasar el cerco de la tierra.

VIII

Allá lejos del mundo era una copa de añil, una amplia cuenca donde el blanco le robaba sábanas al azul para rodar juntos por la vasta cama de arena. En otro horizonte, un continente hecho luz se extendía como lava recién nacida ante tus ojos, ondulando su pesado cuerpo ante el agua que emulaba. Era el mar brotando a la mañana, a la mirada, desperezándose de su nocturno anonimato.

IX

Un día la noche cayó sobre la playa como un aluvión repentino. La oscuridad se desplomó sobre el cielo, regando en la arena el contagio de un incendio. El trueno se abatió sobre la piedra, abriéndole cauce a la sombra. El risco se hundió en el agua desplomándose en un quebranto sin término. Las venas abiertas de la peña se desbarataban al dolor del viento.

X

Arcadas de turquesa se inflamaban entre la escarpa devastada, saturando los poros de la piedra de un azul feroz y estrangulante. Las rocas raspadas sangraban agua al escurrirse las entrañas, hasta dejar a la nada desnuda mirándose los ojos al espejo.

XI

La tormenta no fue sino un sueño siniestro del coral, un vano fingimiento de noche y niebla temblando de ganas por tragarlo todo. Remolinos picados de espuma negra y rabia de perro salvaje gruñéndole al extraño. Desde ese ayer, el mar dejó de reconocerte. Su piel y la tuya ya no eran una misma. Dejó de saber el mar a destino. Lo supiste en aquél momento: fue otra vida donde lo habías conocido.

XII

Allende la ribera el ocaso descendía. La marea, cansada de su esfuerzo, se derrumbaba como náufrago sobre la última isla de la tierra. La arena duraba intacta en cada punto de la playa. Un halo de agua iba despegándose desde la costa débilmente, como si apenas le quedaran fuerzas para decidir entre la solidez y la delicuescencia. Casi mojada, la huella del mar desaparecía lentamente, como un beso recién evaporado sobre la orilla.

XIII

Tiempo atrás del tiempo
tú seguías siendo
el hombre que alguna vez fue mar.

XIV

A quién le importa la muerte si existe el mar. **LPyH**